

conferencia

C 79/INF/9
Noviembre 1979

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION ROMA

S

20º período de sesiones

Roma, 10 - 29 noviembre 1979

DISERTACION EN MEMORIA DE FRANK MACDOUGALL PRESENTADA A LA ORGANIZACION
DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION POR EL
EXCMO. SR. DR. KENNETH D. KAUNDA,
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE ZAMBIA
ROMA, 12 NOVIEMBRE 1979



Sr. Presidente,
Sr. Director General,
Excmos. Sres. delegados,
Invitados,
Hermanos y hermanas.

Me siento hondamente emocionado ante la amable invitación que se me ha hecho para pronunciar la Disertación en memoria de MacDougall de este año. He aceptado para asociar a mis compatriotas y a mí mismo en este esfuerzo global por la justicia social que el destierro del hambre y la pobreza implica. Es un raro privilegio y un gran honor para mí pronunciar esta disertación en memoria de Frank MacDougall cuya visión y esfuerzo contribuyeron enormemente a la creación de la Organización para la Agricultura y la Alimentación en 1945.

Sr. Director General, bajo su competente e inspirada dirección y entrega, la Organización para la Agricultura y la Alimentación viene realizando los más decididos esfuerzos para elevar la condición de millones de personas que son presas del hambre, la pobreza y el desaliento.

Hay 4 mil millones de personas sobre la tierra. De éstas, 450 millones viven en una deplorable miseria y el hambre les acompaña a diario. Víctimas de la malnutrición, son también los seres más vulnerables a las enfermedades. Los pobres y los hambrientos representan el doble de la población total de los Estados Unidos de América. En el año 2000, la población mundial habrá sobrepasado los 6 mil millones. Se calcula que el número de pobres y hambrientos alcanzará los 600 millones. Esa cifra equivale a más de dos veces y media la población actual de los Estados Unidos, o dos veces y media la de la Unión Soviética. La mayoría de esta población hambrienta se encuentra en el Tercer Mundo, y para el año 2000 supondrá por lo menos el 60 por ciento del total de la población mundial. En la actualidad representa el 52 por ciento.

La mayoría de los países en desarrollo del mundo han alcanzado la independencia sólo en los últimos 20 años. Sus economías son en general monoeconomías y por tanto muy vulnerables, tanto más cuanto que se trata de países que son en gran parte agrícolas y comercian en productos básicos que son sumamente perecederos. Por falta de recursos y de conocimientos tecnológicos, su agricultura es en gran parte ineficaz o escasamente útil. Como grupo, no producen bastante para alimentar a su población y siguen dependiendo de la caridad internacional.

Sus intentos por salir del círculo vicioso del hambre y la pobreza se ven frustrados parcialmente por el elevado coste de las importaciones procedentes del mundo industrializado. Así, incluso los aperos y medios indispensables para una agricultura eficaz, tales como arados y tractores, plaguicidas y demás, no están generalmente al alcance de sus posibilidades. Para seguir subsistiendo, contraen deudas incluso cuando las esperanzas de devolución son muy remotas. Esas deudas las contraen para poder convertirse en un mercado eficaz para sus acreedores. Solamente este año, la deuda total que los países en desarrollo han contraído con los países desarrollados se eleva por lo menos a 300 000 millones de dólares EE.UU. Se calcula que para el año 2000, la ayuda total pendiente excederá considerablemente de la cifra de 1 278 millones de dólares EE.UU., que se estima para 1990.

En esta situación, una crisis de esperanzas recorre sus países. Sus pueblos no están ya dispuestos a esperar a mañana para comer. Quieren comer ahora. Sus pueblos quieren todas las cosas buenas de la vida, y cuando no pueden tenerlas preguntan ¿por qué no? Así, políticamente, los países en desarrollo se hallan en un fermento político motivado principalmente por el hecho de que sus economías no pueden desarrollarse a un ritmo más rápido del actual. Y así tenemos, como ingrediente de la inestabilidad mundial, no sólo los 450 millones de personas que pasan hambre, sino el mundo en desarrollo entero, que está impaciente por la distribución de la prosperidad en el mundo de hoy.

Este sentimiento de mundo oprimido no carece de fundamento. Junto a la pobreza y el hambre abyecta de esos países, el mundo desarrollado despilfarrá - porque no se puede decir de otra manera - por lo menos 400 000 millones de dólares EE.UU. en armamentos cada año. Al lado de la miseria de estos pueblos, el mundo desarrollado refuerza sus bastiones de privilegio mediante barreras arancelarias. El decenio que está a punto de finalizar ha sido denominado el Segundo Decenio del Desarrollo. La meta del 0,7 por ciento del Producto Nacional Bruto (PNB) establecida para la asistencia oficial al desarrollo, sigue siendo inalcanzable, salvo para uno o dos países de todo el mundo en desarrollo. Es improbable que se supere el 0,35 por ciento para el año 2000. La respuesta del mundo desarrollado a la crisis económica que ha invadido el mundo ha consistido en infligir nuevos cortes a la ayuda a los países en desarrollo.

En contraste con este panorama calidoscópico de pobreza y hambre irremediables por un lado, y de prosperidad sin reboso por otro, están las sólidas conquistas que el hombre ha conseguido en el terreno de los derechos humanos. El hombre podrá estar todavía oprimido. Pero ahora sabe que quiere ser libre. Y lo que es más, ahora sabe que hay esperanza porque el resto del mundo desea y quiere hacerlo libre. Podrá ser pobre y tener hambre y no poseer más bienes fijos que sus propios dientes. Pero sabe también que ante los tribunales de muchos países, ante la Corte Internacional de Justicia, se le hará justicia porque es un ser humano.

Podrá el hombre no ser un útil instrumento de producción. Pero sabe también que no por ello se le declarará proscrito, porque como ser humano sabe que participa de una divinidad intrínseca que le sitúa en un plano distinto del resto de las criaturas. Así, mediante las decisiones de los códigos nacionales y los tribunales nacionales, mediante los precedentes que la comunidad mundial sienta día tras día, mediante las acciones y decisiones del propio hombre, las fronteras de los derechos humanos se van ensanchando. Las libertades de libre asociación, de culto, sin distinción de raza, color o credo, la igualdad de oportunidades, la justicia, y muchas otras más, son hoy signos distintivos de nuestras relaciones internacionales. Hago notar con placer que la FAO fue el primer organismo de las Naciones Unidas en admitir el Consejo para Namibia como miembro de pleno derecho de la Organización.

Este mismo hecho, y la iniciativa que ha tomado la Organización de financiar los gastos de asistencia de los movimientos de liberación a sus conferencias y reuniones, pone de relieve vuestra preocupación por la libertad y la justicia del hombre, venga éste de donde venga.

Es posible que el decenio que ahora finaliza no sea recordado nunca por lo que se había propuesto alcanzar: el desarrollo. Pero será recordado por los progresos realizados para consolidar los derechos humanos. Es este proceso el que ha hecho que se proscriban internacionalmente las minorías racistas y los regímenes facistas de Sudáfrica.

Pero la libertad y los derechos humanos sin alimentación es como la libertad de un prisionero al que luego no se le da la llave para salir de su celda. Los 450 millones de personas que viven bajo la sombra del hambre y la muerte por malnutrición no pueden ser hombres y mujeres libres, por muy afincadas que estén sus otras libertades. Para ellos estas libertades sólo son perspectivas propuestas y no alcanzadas. Para lograrlas hay que salvar un inmenso abismo de fuego, cosa que quizá no consigan en la vida. La libertad es para los vivos y no para los muertos. Ningún hombre ni mujer pueden disfrutar de ella a menos que estén con vida. La naturaleza ha dispuesto que la actividad más íntima de la vida -la respiración- sea automática y libre desde el nacimiento hasta la muerte. Pero la naturaleza ha dispuesto también que la necesidad de comer sea instintiva, y que para satisfacerla haya que trabajar y utilizar recursos de por sí escasos. ¡Ah, si nuestro antepasado Adán no hubiera mordido la fruta prohibida! Pero la realidad es que el pan hay que ganárselo con el sudor de la frente.

Creo que la comunidad internacional del hombre reconoce plenamente que el hombre, hostigado y acosado por el hambre, no puede ser verdaderamente libre. Creo que si dependiera tan sólo de la voluntad del hombre, todos nuestros países querrían que no hubiese hambre en el globo. Pero esto es imposible y en cualquier caso una asamblea de ministros responsables de la agricultura y de sus agricultores, difícilmente puede servir de plataforma para varias especulaciones. ¿Qué alternativas se abren al hombre?

Me parece que mucho antes de que pasemos a ocuparnos de la transferencia de recursos y otras cuestiones, debemos desprendernos de ciertas rémoras ideológicas, porque son ellas y no el nivel absoluto de recursos, lo que influye en esta misma transferencia. La primera de ellas es la autotranquilizadora conclusión de los que tienen, de que puesto que sólo el 11 por ciento de la humanidad tiene hoy la desgracia de pasar hambre, frente a la cifra sin duda mucho más alta de otros tiempos, la situación está mejorando. Quienes adoptan esta postura inventan un mundo color rosa para justificar la inercia. Miremos la naturaleza del comer por un momento. La producción de alimentos es, hoy día, una cuestión menos individual de lo que solía ser en el pasado. Pero el comer sigue siendo una actividad sumamente individual. Otro puede comer el alimento que me estaba destinado. Pero no puede comérselo por mí. Si un hombre se está muriendo de hambre, de nada le sirve saber que debe morir para que otro pueda comerse su alimento y vivir. Quizá los héroes, las madres y los mártires estén hechos de esa materia. Pero no el común de los mortales. La eliminación del hambre es, pues, una acción que no admite espera. Es una acción que debe emprenderse con toda la premura de que el hombre sea capaz.

Cuando ocurre una tragedia, hay siempre dos formas de reaccionar. Una es hacer algo al respecto. Otra es abstenerse de participar en la solución, encerrarse en su casa, esperando olvidar el caso, e irse a dormir. Así resolvió el problema el posadero al que José fue a pedir habitación. Le cerró la puerta en sus narices y exclamó: "No quedan habitaciones en mi posada". Pero eso no impidió que naciese Jesús en el establo entre los balidos de las ovejas. En nuestro mundo de hoy, más que en ningún otro tiempo, el hombre está ocupado en levantar muros que le separen de sus semejantes. Precisamente en el tiempo en que la ética parece encontrarse en su más alto nivel, el estado nación, reforzado por la moderna tecnología se halla también en su nivel más arrogante y desafiador. Cuando teníamos la aldea y luego la ciudad estado, el hombre era más universal que hoy. Pensaba menos en función de su estado y más en función del hombre.

Estas naciones estado llevadas al exceso van a matar al hombre porque embotan su sensibilidad ante los sufrimientos de la humanidad entera. Uno puede sentirse conmovido de un modo general ante el hambre de 450 millones de personas. Pero probablemente no hará nada para remediarlo, a no ser que esos seres hambrientos sean compatriotas. La solidaridad en la humanidad se ha venido identificando cada vez más con un estado nacional común. Sorprende por tanto que los estados naciones que tienen recursos suficientes para atacar el problema prefieran malgastarlos en anuncios para promocionar la venta de tal o cual bebida, en vez de dedicarlos a combatir el hambre y la muerte.

El poeta metafísico John Donne dijo una vez que el hombre no era una isla, y que los sufrimientos de otro hombre disminuían los suyos. Esta afirmación sigue siendo hoy tan cierta como entonces. Las malas consecuencias sociales y políticas del hambre no pueden limitarse ya a las zonas de hambre del mundo en estos días de rápidas comunicaciones de masa. Los hombres que sufren hambre jamás ganaron una guerra. Menos aún los hombres y mujeres a los que la malnutrición conduce inexorablemente hacia la muerte. Pero el hambre alimenta en los hombres la peor forma de desesperación y los grandes cataclismos de este mundo han tenido sus orígenes en la desesperación de los hombres. No esperéis que conceda ningún interés a la paz y la seguridad de un mundo que sólo es seguro porque me mantiene a mí y a mis hijos en una condición de hambre. Esa clase de paz es una imposición. Fracaso, quizá por milésima vez en la historia del hombre, no pudiendo aplacar a las multitudes hambrientas que asaltaron las Tullerías en 1789, decapitaron el Antiguo Régimen y pusieron en funcionamiento el arma más mortífera contra las dictaduras que jamás ha concebido la historia política del hombre. El socialismo del Este, tal como lo expusieron Carlos Marx y Engels, quizá sea un compañero incómodo para el capitalismo nacido de la Revolución Americana. Pero ambos procesos deben su origen en parte a la Revolución Francesa y a esa ola irracional de ira que un día movió a las multitudes de París a marchar hacia Versalles para pedir alimentos a la sitiada pero insensible monarquía. Entonces se trataba tan sólo de unos miles de personas. Hoy día 450 millones de seres humanos se encuentran en peores circunstancias que nunca en todos los aspectos.

En este mundo tan civilizado, el éxito y el triunfo deberían concebirse sin la derrota y la privación de los otros. Debemos aferrarnos a la idea de que el triunfo y el progreso de cualquier nación son el éxito de la humanidad entera. Considerarlo de otro modo es equivocarse de enemigo y de campo de batalla. El enemigo de nuestra libertad no es la persona que tiene hambre, es el hambre. El campo de batalla no es el país donde hay hambre. Es la tierra entera, porque la derrota de un pueblo acarrea consecuencias para la humanidad. En este problema del hambre, la humanidad debe verse a sí misma como un sólo pueblo en lucha contra este azote. Pues mientras una parte de la humanidad padezca hambre y privaciones, seguirá el hambre acechando calladamente a la sombra de los festines de las gentes opulentas. Si no tenemos una conciencia que nos turbe, tengamos al menos el instinto de nuestro propio interés y de autoconservación que nos impulse a llevar a cabo un esfuerzo excepcional para eliminar el hambre.

Mis observaciones preliminares se proponen poner en claro solamente una cosa, y es que el problema del hambre es asunto de la humanidad entera, y no sólo de aquellos que lo padecen. La calidad de la libertad humana misma, así como la paz, depende de la solución de este problema. No se trata, pues, de un problema ante el cual pueda la humanidad permanecer indiferente. Es una cuestión que exige urgente acción internacional.

A corto plazo, la estrategia para garantizar la seguridad alimentaria mundial es esencialmente un problema de distribución. La ayuda alimentaria mediante el envío de excedentes a las zonas menesterosas del mundo ha desempeñado un importante papel en la tarea de aliviar el hambre y la malnutrición, y aquí desearía encomiar a la FAO por este programa y por su eficaz administración del mismo. Solamente el año pasado, la FAO trasladó alimentos por valor de 90 millones de dólares EE.UU. de las zonas con excedentes a las afectadas por el hambre. Esta respuesta inmediata de la FAO debe servir de justificación para que las zonas con excedentes aumenten su ayuda en vez de disminuirla. Felicito a las naciones que han respondido y exhorto a ellas y a todos nosotros a contribuir a estos esfuerzos por aliviar el hambre.

Pero el recurso a estas transferencias masivas de alimentos como principal estrategia para garantizar la seguridad alimentaria mundial no es suficiente. En realidad, se trata de una respuesta inadecuada. En el Boletín de la FAO titulado "Perspectivas Alimentarias", se ha hecho el siguiente comentario ominoso sobre el movimiento de las existencias de alimentos:

"La FAO calcula que las necesidades de importación de trigo y cereales secundarios en 1979/80 serán de 169 millones de toneladas, o sea 11 millones de toneladas más que en la temporada anterior, lo que constituiría una cantidad sin precedentes. Pero si no se resuelven rápidamente los problemas actuales de transporte en los principales países exportadores, los envíos pueden ser inferiores a las necesidades previstas."

Se plantea también, naturalmente, el problema de advertir con antelación suficiente para que la acción pueda ser eficaz. Pues no debemos olvidar que mientras que se tardan semanas y hasta meses en transportar los excedentes de un país a otro, bastan unos días de hambre para rendir el cuerpo y abatir el espíritu.

La solución a largo plazo para la seguridad alimentaria mundial estriba en asegurar la autosuficiencia en cuanto a productos alimentarios básicos para el Tercer Mundo, que es donde se encuentra la mayoría de la población que padece hambre. Quiero ponerme en el lugar de las zonas con excedentes, y anticiparme a sus problemas en esta estrategia de dedicar la atención no tanto a la ayuda alimentaria propiamente dicha como a la ayuda al desarrollo de los recursos alimentarios del Tercer Mundo. Para el agricultor del mundo desarrollado, el programa de ayuda alimentaria, en la medida que da salida a los excedentes de su mercado nacional, representa una expansión del mercado y una consolidación de su mercado local. Se siente mucho más contento con un gobierno que le compra todos sus excedentes a precios remuneradores, aún cuando sea para donarlos a otro país, que con una política de autosuficiencia para los receptores de la ayuda alimentaria que le impida deshacerse de sus excedentes. Desde el punto de vista del receptor, existe también un problema.

Si el pueblo padece hambre preguntará ¿por qué el gobierno no puede garantizarle una ayuda alimentaria de emergencia? Pero si éste importa esos alimentos, el sector especial de la comunidad llamado los agricultores y su representación política le acusará de practicar una política que tiene por consecuencias una producción insuficiente y la apertura de los mercados nacionales a los agricultores extranjeros. Las transferencias alimentarias que no tienen en cuenta la capacidad de la industria agrícola nacional a la hora de subsanar la escasez, terminan arruinando la industria agrícola nacional, cuya expansión debe ser alentada a veces cueste lo que cueste. Las transferencias tienen que continuar, pero el "dumping" no debe formar parte de la ecuación. No obstante, hay que dedicar atención preferente a los países en desarrollo que se están haciendo autosuficientes en producción básica. Además, no es honroso seguir dependiendo de otros para alimentarse. En nuestra tradición de Zambia a un forastero le damos de comer los primeros días. Si permanece más tiempo, le damos un hacha y una azada. El sentido de este símbolo es que nadie que no sea forastero tiene derecho a un alimento cultivado por otro. Debe cultivárselo él mismo.

Pero la autosuficiencia alimentaria para el Tercer Mundo no debe ser el objetivo único de la estrategia de la seguridad alimentaria mundial. En los años venideros, en la mayor parte del mundo desarrollado faltarán tierras y otros recursos.

Incluso contando con su índice descendente de incremento demográfico, las tierras serán insuficientes para sostener siquiera programas de autosuficiencia. Se llegará a un punto también en que sólo responderán marginalmente a nuevas dosis de conocimientos tecnológicos.

Si sentimos la tentación de tachar estas afirmaciones de poco realistas, recordemos que si no hubiera sido porque el mundo desarrollado aportó sus conocimientos técnicos y otros recursos en lo que se refiere a la producción de petróleo de los países árabes, posiblemente el mundo no hubiera llegado nunca a la era atómica y nuclear, puesto que el petróleo ha sido fundamental para los progresos tecnológicos del hombre en el último siglo. Ahora bien, el hecho de que existan aún inmensos recursos petrolíferos en el mundo árabe no quiere decir que dichos recursos van a existir siempre, ni tampoco el que hoy haya suficiente tierra de cultivo en el mundo desarrollado garantiza que la habrá siempre. En realidad sabemos que no será así y que seguramente se volverán las tornas si no se aprovecha hoy la tecnología para volver productivas las inmensas tierras sin explotar del tercer mundo. Tenemos, pues, como raza humana un interés común en asegurar un gran aumento de la producción en nuevas zonas.

Si la raza humana no quiere ver desplazarse la zona de hambre de una región a otra habrá de consagrar recursos, y este es el momento, al desarrollo pleno de la capacidad de cada región para producir alimentos.

El gran tópico, a raíz de la crisis del petróleo, es el de que la energía nuclear es la alternativa de mayores posibilidades. Hasta hace muy poco, la crisis del petróleo no era una crisis de disponibilidad de petróleo. Era una crisis de precio. Hoy día la inflación ha erosionado de tal modo los beneficios que el problema no está ya en el precio, sino en la futura seguridad mundial del abastecimiento petrolero. Pero aunque se tiene conciencia de que las reservas se van agotando, el mundo está aún obsesionado por los precios y consiguientemente no hace bastante por encontrar alternativas auténticas y viables. Yo les diría a ustedes que la energía biológica se revelará como la alternativa más viable. Tanto si se deriva de algún cereal, melazas o plantas, necesitará tierra. Puede resultar que la única bioenergía disponible pueda obtenerse únicamente de plantas cultivadas en los trópicos. Si así ocurriera, ¿cómo va a asegurar el mundo su futuro, si no pone ya manos a la obra? El mundo debe pensar en la crisis del petróleo como una crisis de la inseguridad de las futuras reservas petrolíferas y empezar ahora a buscar alternativas. Esas alternativas pueden estar tanto en la energía nuclear como en la bioenergía y por tanto en la agricultura.

De aquí a la vuelta del siglo la producción agrícola del Tercer Mundo no realizará un progreso espectacular sin un esfuerzo excepcional por parte de todos nosotros. En efecto, las estimaciones demuestran que, en porcentaje del producto nacional bruto (PNB), la producción de estos países habrá disminuido ya del 19 por ciento en 1975 al 14 por ciento para 1990. Frente a esto, la parte de las exportaciones manufacturadas de los países en desarrollo en los mercados de los países industrializados será tan sólo de alrededor del 15 por ciento. De llevarse a efecto un progreso real, el factor clave serán los millones de agricultores, grandes y pequeños. Así, antes que ninguna otra, debe plantearse la cuestión de si esos agricultores están dispuestos a adaptarse a nuevos métodos. No tiene sentido encauzar masivamente los recursos hacia el Tercer Mundo si el agricultor no quiere cambiar, cosa que algunas veces ha servido de pretexto para que los países desarrollados limiten sus esfuerzos al mínimo. Tengo una inmensa confianza en el sentido común del agricultor del Tercer Mundo. Me atrevo incluso a decir que no es distinto del agricultor del mundo desarrollado en su manera de reaccionar frente a las situaciones. El agricultor es realista en todo el mundo.

Su interés por la política se centra en la tierra, en el tiempo, en el costo y la disponibilidad de los medios de producción y los precios de sus productos. Se queja eternamente porque la hierba del vecino es siempre más verde. Pero no renunciará a la suya por nada del mundo. Su ambición es desarrollar su tierra, y tanto si el campo es individual o colectivo, quiere sentir que sus hijos y los hijos de sus hijos tendrán con él alguna relación. Repito que es un quejoso crónico. Da la medida de este talento el que no le parezca mal quejarse de Dios. Probablemente le parecerá todavía menos mal quejarse de su gobierno. El agricultor no gusta de que se le dirija. La única dirección que entiende es la de una justa retribución por su trabajo y sus inversiones. La de los INCENTIVOS. Estos incentivos deben incluir no sólo un precio alto, pero de mercado libre, para sus productos, sino también un precio muy bajo y controlado para sus inversiones. No quiere ser el hombre que sufre las consecuencias de una operación de precios controlados o de mercado libre. El agricultor del mundo no es necesariamente insensible a las nuevas tecnologías. Recela de ellas. Ha pagado muy caro en el pasado el haber hecho de conejillo de indias. ¿Por qué va a suponer ahora que los nuevos métodos le ayudarán? Rara vez les han ayudado sus gobiernos, que han cedido a la presión de la elevada capacidad de venta del mundo desarrollado y a veces a sus comisiones.

Si está en el Tercer Mundo, ha visto descender el valor real de sus trabajos y se ha visto a lo largo de los años, reducido a una mera ruedecita de una gran cinta transportadora que sirve para contentar a las masas urbanas políticamente articuladas.

La tarea de cambiar es la tarea de hacer algo sobre la condición de este agricultor del Tercer Mundo, aun cuando me atrevo a decir que lo que he afirmado antes es igualmente válido para todos los agricultores. Sé que el agricultor no es conservador si se le demuestra con claridad que el cambio puede ser beneficioso. Actuará con mayor rapidez que sus mentores políticos. El reto consiste, por tanto, en que todos hagamos más de lo que hacemos ahora para darle incentivos. A este respecto, permítanme Uds. comentar los resultados de la reciente conferencia celebrada bajo los auspicios de la FAO, entre el 12 y el 20 de julio, aquí en Roma, sobre el tema de reforma agraria y desarrollo rural. Las recomendaciones y resoluciones constituyen en sí mismas una singular carta magna para el campesino. Jamás se había centrado la opinión mundial en él y en su condición de una manera tan cuidadosa e íntima. Está bien que sea así porque no son sólo los recursos y las máquinas lo que cambiarán la situación, sino principalmente el hombre.

Pero ese hombre necesita la ayuda de recursos para producir. El recurso más importante es su perfeccionamiento personal mediante diversos programas de formación destinados al agricultor.

Pero además de eso necesita ayuda todavía y ahí es donde esta Organización interviene firmemente. La ayuda le llega al agricultor penosamente, y no sin condiciones. Por lo tanto, sea cual fuere la ayuda se debe elevar al máximo la utilidad de dicha ayuda. La FAO, por medio de su dinámico Director General, está dando un ejemplo impresionante, un ejemplo que otras organizaciones internacionales podrían emular, en esta dirección. Enfrentado con el problema de ordenar los recursos para su mayor aprovechamiento, usted, señor Director General, no sólo ha reducido un gran número de publicaciones, puestos y reuniones a fin de ahorrar dinero para destinarlo a empresas más valiosas, sino que también ha creado con esos ahorros el Programa de Cooperación Técnica que ahora hace posible que esta Organización actúe rápidamente con objeto de proporcionar ayuda de emergencia, insumos de perentoria necesidad, especialmente maquinaria agrícola, y facilitar la preparación de proyectos de preinversión con desembolso rápido. Merced a este plan de seguridad alimentaria, usted puede ahora asistir a los países en desarrollo en la formulación de políticas nacionales de seguridad alimentaria y movilizar ayuda exterior para la realización de esas políticas. Su programa para la prevención de pérdidas de alimentos representa en verdad una acción oportuna y contribuye actualmente a las reservas totales de alimentos disponibles para la raza humana. Es de esperar que este programa pueda ampliarse y hacerse más eficaz. Y yo pido encarecidamente a usted, señor Director General, y a esta Organización, que continúen esta buena labor.

Un sople de aire puro corre en este edificio llamado la FAO. Merced a la designación de Representantes en los Países, vuestra obra se está llevando al umbral del campesino

del Tercer Mundo. Sois el medio de comunicación entre el campesino y las naciones que poseen recursos. Os ruego, pues, que continuéis actuando con esa premura que anima ahora a esta Organización. La existencia de organizaciones internacionales como ésta y otras subraya la necesidad de una acción internacional en esta lucha. Esta necesaria intensificación del esfuerzo común no se ha producido con prontitud. Lo que sí se ha llevado a efecto, en cambio, es el fortalecimiento de los bloques económicos definitivos de los países ricos.

El fortalecimiento de los bloques económicos y las actuales políticas comerciales han abocado a la inmovilización de los recursos y las tecnologías de estos países. Esta situación sólo puede cambiar si la comunidad internacional acepta absolutamente la interdependencia. Los países en desarrollo necesitan recursos, ciencia y tecnología que les permitan aumentar sus niveles de producción de alimentos. Todo esto existe en los países desarrollados. La acción internacional que se requiere ha de ser un acuerdo para transferir recursos de los países desarrollados a los países en desarrollo. Estos recursos deben utilizarse para acelerar la producción alimentaria de los países en desarrollo. Mientras los países en desarrollo no puedan tener acceso a los recursos que abundan en los países desarrollados, será muy difícil para los países del Tercer Mundo aportar contribuciones mucho mayores a la situación alimentaria mundial. Los esfuerzos de las organizaciones internacionales y las resoluciones bienintencionadas resultantes de las Conferencias Internacionales seguirán resultando vanos y sin efecto.

La comunidad internacional ha creado mecanismos e instituciones a través de los cuales se pueden canalizar la transferencia y la distribución equitativa de los recursos requeridos para la agricultura. Estas organizaciones sólo pueden desempeñar plenamente su papel si todos los países aceptan y ponen en práctica el principio de la distribución equitativa. Es evidente, a juzgar por los fracasos de las Conferencias de la UNCTAD, que el género humano está muy lejos todavía de unirse en la lucha contra lo que en Zambia, guiados por nuestra filosofía humanista, analizamos como POBREZA y sus ramificaciones de hambre, ignorancia, corrupción, crimen y explotación del hombre por el hombre. Sin embargo, el mundo sería mucho más dichoso al final, si todos los países del mundo produjeran lo suficiente para comer. El fracaso de estas conferencias se debe en gran medida a la resistencia del hombre a compartir con su vecino lo que tiene, y al deseo de retener y proteger lo que posee. Y no sólo el deseo de retener y proteger, sino también la tendencia a adquirir aún más de aquellos que no tienen. Todas estas debilidades del género humano pueden vencerse con la convicción de que todos tenemos derecho al acceso al derecho humano fundamental: la alimentación. Debemos convencernos de que aquellos que no tienen, aquellos que padecen hambre, deben ser asistidos por el mismo género humano.

Ese género humano no demuestra con hechos tal convicción. Desde 1974, el mundo viene hablando de un Nuevo Orden Económico Internacional, un orden de justicia en el campo económico para toda la humanidad. El Nuevo Orden Económico Internacional es, sin duda, una importante iniciativa. Existe unanimidad total sobre su pronta realización en el Tercer Mundo. El mundo necesita urgentemente una nueva base para la participación en el comercio y la distribución de los recursos y la tecnología de todos los pueblos. Esa base es el único punto de apoyo importante que tiene el mundo para su lucha contra el hambre. Pero el debate, en vez de avanzar hacia una fructuosa conclusión, se halla ahora trabado, empantanado, enredado y enmarañado en la política, cuando debería marchar con la economía del progreso. Entretanto, la distancia que separa a los países ricos de los pobres se va ensanchando, pues la relación de intercambio entre las naciones pobres y en desarrollo y las naciones ricas industrializadas continúa favoreciendo a los países desarrollados. Nuestro subdesarrollo en el Tercer Mundo tiene sus raíces en la estructura comercial del mundo; los injustos acuerdos comerciales internacionales han sido en gran parte la causa misma de nuestra pobreza. No se puede llevar a efecto ningún ataque de importancia contra la pobreza de los países desarrollados sin revisar radicalmente las estructuras comerciales internacionales existentes. La estabilización de los precios de los productos primarios de los países en desarrollo y la supresión de la política proteccionista de los países industrializados son dos de los pasos más esenciales en la marcha hacia un Nuevo Orden Económico Internacional.

Los campesinos y trabajadores del Tercer Mundo que trabajan en las plantaciones de café, té, cacao, sisal y caucho o en las minas de cobre, hierro, carbón y estaño, se aplican de firme a su labor y aún podrían trabajar con más ahinco. Pero nuestras pobres perspectivas de desarrollo no dependen de la aplicación en el trabajo, sino que están supeditadas esencialmente a las condiciones adversas del comercio. Los precios de los productos manufacturados de los países industrializados y ricos aumentan a grandes saltos constantemente, mientras que los precios de las exportaciones primarias de los países en desarrollo permanecen estáticos o fluctúan violentamente. Y además de todo eso debemos llevar nuestras exportaciones a la puerta de nuestros clientes a expensas nuestras y comprar sus mercancías en sus puertas y traerlas a nuestro país también a expensas nuestras. Los medios esenciales de producción agrícola, como tractores, fertilizantes y otros productos químicos, están cada vez más lejos de nuestro alcance, y más aún conforme aumenta el precio del petróleo. Un tractor que fue importado a Zambia hace cinco años al precio de 5 000 dólares cuesta actualmente unos 15 000 dólares. Nuestra factura de importación de petróleo que en 1974 era de 20 millones de dólares EE.UU se eleva ahora a 168 millones de dólares. Esta situación es insostenible, sobre todo para los países de muy escasos recursos naturales en forma de minerales y tierras fértiles.

El Nuevo Orden Económico Internacional puede convertirse en una realidad en un futuro no demasiado lejano si la comunidad internacional enfoca el desarrollo general del mundo en una perspectiva más amplia. Es hora de que concedamos a los beneficios a largo plazo de la cooperación, cualesquiera que fuesen los sacrificios que esto suponga ahora, más atención que a la conveniencia del momento. Esa ley de la jungla de la supervivencia de los más aptos significa la muerte para la humanidad. La explotación del hombre por el hombre a nivel nacional así como a nivel internacional engendra la violencia.

Creo que ningún país disfruta pasando hambre, mendigando o practicando una política deliberada de hambre perpetua. Cada nación tiene planes de alguna clase para ser autosuficiente en cuanto a alimentos fundamentales. Sin embargo, dada la conocidísima disparidad entre las aspiraciones y los medios prácticos para llevarlas a efecto, los planes, por muy bien intencionados y formulados que sean, fracasan normalmente con el consiguiente desencanto. La verdad de todo esto es que sin los adecuados recursos humanos y financieros, no puede tener éxito ningún plan nacional de producción alimentaria. Los países en desarrollo carecen de las necesarias tecnologías para aumentar al máximo su potencial de producción. La transferencia de tecnología que implica el Nuevo Orden Económico Internacional resulta, por tanto, necesaria para aumentar la producción alimentaria.

Pero el proceso de desarrollo agrícola no es un proceso de sentido único en el que los países desarrollados transfieren sus recursos y los países en desarrollo los reciben. Es preciso armonizar la política interna de los países en desarrollo. Los recursos internos deben administrarse debidamente. Hay que establecer prioridades que reflejen la importancia de la mejora de la producción agrícola y la calidad de vida de la mayoría del pueblo. Cuando se han establecido prioridades y se administran adecuadamente los recursos internos, se alcanza la fase en que los recursos externos pueden tener un impacto significativo.

La mera transferencia de recursos adecuados a los países en desarrollo no puede alimentar al hambriento. El hambre sólo puede terminar cuando estos recursos se han invertido en programas significativos que conduzcan a un aumento de la producción y disponibilidades alimentarias. Algunas veces estos recursos se utilizan para crear burócratas y minorías consumistas y no llegan al grupo destinatario de los pobres y menos aún ayudan a los países beneficiarios a aumentar su capacidad productora. Es evidente que si la transferencia de recursos de los países desarrollados a los países en desarrollo no beneficia al grupo destinatario, principalmente al pequeño agricultor, o sea al campesino, se mantendrá aún durante un siglo el status quo, y los países en desarrollo seguirán hablando del mismo modo que hablamos hoy. Esto puede resultar grato a algunos, porque perpetúa la situación de donante-receptor. Pero no redundará en interés de la humanidad. Ciertamente, retrasará todavía más el momento en que el mundo podrá hablar de comercio alimentario y de seguridad alimentaria mundial en pie de igualdad y como un sólo pueblo.

Los países en desarrollo han de comprender que sus modelos de producción tienen que ser diferentes de los de los países desarrollados donde el número de los que se dedican a la agricultura y los que dependen de ella para su sustento disminuye sin cesar. No están en ese caso los países en desarrollo donde la mayoría de la población es campesina y tiene su sustento en el campo. Hay que aumentar la productividad de estos pueblos. Si no se hace esto, la alternativa será unos cuantos agricultores de gran escala altamente mecanizados, capaces de producir todo lo que necesite la nación. Esto no puede eliminar el hambre y la malnutrición y no elevará el nivel de vida de los campesinos, pues los campesinos tendrían que comprar ese alimento, y comprarlo sin dinero. Sus ingresos son muy bajos y muchas veces inexistentes. Hay un peligro en esa vía. Es la vía que siguen algunos países para crear excedentes artificiales de alimentos mientras la mayoría del pueblo padece hambre y no puede comprarse la comida.

Esta situación existe en gran medida en el mundo hoy. Hay países que poseen excedentes alimentarios, pero donde los que tienen hambre sólo pueden procurarse los alimentos a un precio muy alto. El que tiene hambre no puede comprar estos alimentos y seguir padeciendo hambre.

Señor Director General, conocemos todas las negociaciones que se han estado llevando a cabo sobre el nuevo acuerdo internacional de cereales y la búsqueda de una mayor estabilidad de los precios del grano. Desgraciadamente, esta conferencia negociadora de cereales no consiguió llegar a un acuerdo y se aplazó indefinidamente. Me complace por tanto, mencionar el Plan de Acción de Cinco Puntos de esta Organización para el establecimiento de reservas y existencias alimentarias nacionales, así como la prestación de asistencia a los países en desarrollo a fin de que la comunidad internacional se encuentre hoy mejor preparada que en la última crisis alimentaria declarada en 1973/74.

Cuando McDougall concibió esta Organización difícilmente podía haber previsto los numerosos problemas que hallaría en su camino la realización de la noble idea de proporcionar alimentos a cada ser humano. En aquel entonces, el hombre buscaba a tientas la paz, confiando en su capacidad para destruir, más que para edificar la paz. En aquel entonces también, estaba por conocer en toda su dimensión el problema del hambre. La mayoría de los países del tercer mundo eran aún dependencias coloniales sin voz propia para expresar el hambre y las privaciones que soportaban. Eran todavía un mundo en el que los menos determinaban mucho más que hoy, el destino de los más.

De la validez permanente del mensaje de Frank McDougall a la humanidad da testimonio el hecho de que esa esperanza de un mundo resucitado del hambre sea el objetivo acariciado de la humanidad. Pero si McDougall volviera hoy, se quedaría horrorizado, horrorizado hasta lo indecible, ante la forma en que la humanidad ha tergiversado la paz, viendo en ella una oportunidad para lograr una expansión igual de armas, y no una oportunidad para eliminar el hambre. El mundo puede, en efecto, experimentar una paz temporal con la estable e igual expansión de las armas mortíferas por parte de aquellos que tienen los recursos. Pero la paz permanente sólo será posible cuando, como ha dicho Martin Lutero King, hijo, "la justicia rueda montaña abajo". Esta justicia implica por encima de todo, alimentos para toda la población de este mundo. El género humano puede firmar, y quiera Dios que así sea, muchos más tratados sobre limitación de armas estratégicas. Pero mientras no firme y lleve a efecto un tratado sobre la eliminación estratégica del hambre, esa paz seguirá siendo inalcanzable. En este año, el Año Internacional del Niño, hemos vuelto a dedicarnos como pueblo a esta búsqueda de la paz auténtica y verdadera. Pues siendo los horrores de la guerra reales y terribles, roguemos por que no nos falle nuestra visión y por que veamos en la guerra los horrores aún más terribles del hambre, que son la causa real de las guerras aquí en la tierra.

Escribiendo a Sir John Orr, que habría de ser el primer Director General de la Organización para la Agricultura y la Alimentación, decía McDougall: "Hermano Orr, hoy hemos encendido una vela, para dar gracias a Dios, en Ginebra, y que confiamos no se apague nunca". Naturalmente, McDougall se refería al éxito que él y sus asociados habían conseguido al vencer a la Sociedad de las Naciones de la necesidad de asociar la salud con la agricultura. Pero aquella vela encendida es también la esperanza de que esta Organización, la Organización para la Alimentación y la Agricultura, da a la humanidad. La humanidad posee hoy un inmenso depósito de ciencia y tecnología. La humanidad tiene hoy inmensas extensiones de tierra por cultivar. Si nosotros como género humano no desterramos la pobreza y la miseria de la faz de esta tierra, no será por falta de medios. Será por falta de voluntad. Esta Organización tiene la competencia y dirección necesarias para garantizar que la vela se ha encendido para la humanidad entera. No tengo ninguna duda, sé positivamente que la Organización sabrá hacer frente al problema que tenemos planteado.